

Bernardo Ruiz

EL ÚLTIMO ELEFANTE



LA MOSCA MUERTA

12

México, D. F., 2004

Este libro fue escrito gracias al apoyo del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes a través del
Sistema Nacional de Creadores Artísticos del
Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

COLECCIÓN LA MOSCA MUERTA
CONSEJO EDITORIAL: Facundo Burgos, Gaëlle Le Calvez y Jaime Augusto
Shelley.
DISEÑO: Mónica Sánchez Blanco
DISTRIBUCIÓN: Cristina Dávila R.

PLAN C EDITORES, S.A. de C.V.
Varsovia 57-301
Col. Juárez, C. P. 06600, Del. Cuauhtémoc
México, D. F.
Tel. y Fax: 5536 0857
Correo electrónico: editor@planceditores.com
Página Web: [HTTP://WWW.PLANCEDITORES.COM](http://www.planceditores.com)
1a. Edición, México, D. F., 2004
© Derechos reservados. Bernardo Ruiz, 2001
© COLECCIÓN LA MOSCA MUERTA, 2004, por las características de la edición. Todos los derechos reservados.
ISBN de la COLECCIÓN: 968-5395-00-4
ISBN de EL ÚLTIMO ELEFANTE: 968-5395-13-6
Maqueta y logo de la colección: B. R. y Mónica Sánchez Blanco
Portada: MORIARTY

*Se prohíbe su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin
autorización expresa de los editores.*

HECHO E IMPRESO EN MÉXICO/PRINTED AND MADE IN MEXICO

EL ÚLTIMO ELEFANTE

BERNARDO RUIZ nació en la ciudad de México, D.F., en 1953. Escribe poesía, cuento, novela y teatro. Editor, crítico y traductor, estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ha publicado los libros de cuentos: *Viene la muerte*, *La otra orilla*, *Vals sin fin* y *La sangre de su corazón*; y seis de poesía, donde destacan: *Juego de cartas* y *Pueblos fantasmas* (1978-1999); además, las novelas *Olvidar tu nombre* y *Los caminos del hotel*, reeditadas en 2003. Sus libros más recientes son las antologías *Juntos Andan*, dedicada a la narrativa mexicana contemporánea, y la obra de teatro *Luz de noche*. Algunos de sus textos han sido traducidos al inglés, al francés, al rumano y al portugués. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores Artísticos, coordinador de narrativa de los becarios de la Fundación para las Letras Mexicanas y profesor de la Escuela de Escritores de la SOGEM.

*A don Fausto Vega Gómez,
maestro en la inteligencia de la vida*

Entre el rostro de un conquistador y el de un pirata, decían los antiguos, ¿qué diferencia se hallará? La que se encuentra entre el águila y el buitre.

EL TULIPÁN NEGRO
Alejandro Dumas

*La he mirado con lástima en los últimos meses.
Estoy en un décimo piso y hasta acá llegan los bramidos de las perforadoras, el rumor de los automóviles y gemidos de perros negándose a morir.
La observo fijamente, trato de ver el sol entre sus brumas
A tan temprana hora, la ciudad es un paquidermo que bosteza.*

...

*Abajo hay policías, boleros, enfermeras, enanos, asaltantes.
Llamas de incendios salen por las ventanas y el ulular de las sirenas anuncia el señorío de la violencia.
Aquí en el décimo piso, los muertos caminamos con recelo,
angustiados, alerta, no sea que nos vayan a matar de nuevo.*

LA DEGRADACIÓN DE LA PRIMAVERA
Francisco Hernández

blanca

EL ELEFANTE

LOS ELEFANTES, CUANDO DECIDEN morir, atraviesan un sendero a lo largo de la noche, guiados por la bruma que cierra e inaugura los meses elefantinos.

Aguardan bajo una bóveda de silencio, en señal de despedida. ¿Para qué las explicaciones? Toda la tribu sabe cuál es su destino. ¿Los motivos? Ése es un problema meramente humano.

Cada paquidermo sabe que su destino está marcado como el del remoto mamut, en edad y latitudes, por lo menos. Una certeza lo acompaña: durante decenas de miles de años, su género ha agotado las razones que invocan la muerte.

El elefante no se despide. Espera con pudor el sueño de la manada, observa al grupo, lejano, lo contempla con la seguridad de atisbar en el espejo los antiguos pilares del mundo.

De sus ojos surgen lágrimas que se confunden cómplices con la hierba y la tierra.

En un juego de contrastes, conviven bajo la noche los tonos blancos con los negros, los grises y las sombras. Mira las siluetas opacas de los proboscidios imperecederos que, hoy, la tierra sostiene; y toma el camino que la luna indica, como lo hicieron sus antepasados y los corpulentos predecesores de sus antepasados.

Ahí va, con paso lento, firme. Algún dolor íntimo lo aqueja. Una enfermedad, arrastrada durante años; algún acceso de fiebre; la anciana herida, que jamás ha cicatrizado, un ardor en el abdomen, ígneo como la lava. Quizá.

Mas conserva su elegancia, tranquila, paquidérmica.

Al paso de las horas, y de las necesarias alboradas y crepúsculos, tras los días y noches en que falta el agua y a veces esca-

sea la hierba, acompañado por la fatiga y el agotamiento, el peregrinaje del elefante por la sabana se acerca a su fin. Llega a la cadena de montañas, semejante a la espina dorsal del primero y más antiguo de sus antepasados, negra como su luto y la eterna noche. En silencio, atraviesa el desfiladero, se interna entre las quebradas hasta el secreto paso, donde sólo el olfato y el tacto cauteloso de su trompa lo guían. Surge en la desembocadura del pasaje.

Ya contempla el valle original y último, polvoso y blanquecino, semejante a un cráter lunar iluminado por un sol impío, indiferente.

Son miles y más miles de osamentas, congregadas ahí por orden natural, por mandato del tiempo, por un rito último, atávico, invariable que aguardará paciente el arribo del postrer proboscidio en franca rebelión contra la podredumbre y la vocación de polvo.

Ahí están los marfiles y los cráneos de sus mayores. Ahí aguardan viejos rivales, fallecidos; los filósofos elefánticos, las matriarcas y los antaño gallardos sementales, pastores de las manadas, descansan junto con los restos de las más bellas hembras que encontraron los más nobles machos del continente a lo largo de la historia de la especie. Abrazan a los cielos algunas osamentas. Otras, se han confundido con el polvo: una arena fina como la del recién despedido desierto.

En algún árbol distingue la silueta del buitре; no se inmuta: durante días ha escuchado en coro demoniaco la risa furtiva de las hienas, implacables, hambrientas, acechantes.

El elefante no somete su instinto ni lo despliega. Espera, en medio de la sed y la fatiga, el total reposo. Y, como olvidado de sí, deja lo inunden la sed, el olvido, el hambre, el debilitamiento.

Vence sus patas, finalmente. El cuerpo se derrumba majestuoso, lento. Y lo recibe un misericordioso sueño.

EL HOMBRE

TIENE NOMBRE, PASAPORTE y cartilla. Por la edad, merecería estar en la guardia nacional. Su casa, un departamento, está en el sexto piso, como una imperfección de su cábala.

Si fuera un color su amargura, sería blanca, como la suma de todos los colores. Ha perdido la mujer. La extraña. No la culpa porque sabe que todo rencor –en esos casos– es un mal mancomunado. Afirma que recuerda poco; dice que ya ni siquiera juzga.

Tantas y tantas veces se contó la historia, la detalló a los escasos amigos, la imaginó –al fin–, que comienza a olvidarla, a mentirla, para entretener el insomnio.

Pero está harto. Su cuerpo, en la última cúspide de la madurez, prevé su ocaso en algún dolor, tras algún esfuerzo, en la próxima pendiente del declive.

Cuando lee el periódico, percibe en toda crónica, en la intersección de las anécdotas, una combinatoria fatigada, como si la vida pudiera resumirse en unos cuantos naipes para negocio de charlatanes y privilegio de adivinadores.

Carga en la mano un revólver. Lo deposita sobre la mesa.

Se levanta, abre la ventana, la luz de la habitación se encuentra con la medianoche: el cielo cubierto, el viento frío. El viento frío de la Ciudad de México al principio de 2000. Martes 18 de enero. La calle está en silencio, vacía.

Principia un nuevo día. Madrugada. Ya es la madrugada. Al que madruga, Dios le ayuda. Monologa consigo mismo. No por mucho madrugar, amanece más temprano. Madruga antes de que te madruguen. La calle está silenciosa y vacía.

Se vuelve. Atraviesa la sala-comedor, entra a la cocina, abre la despensa. Del estante más alto, saca el maletín de cuero negro. Lo sacude con una servilleta de papel. Regresa.

La escena es familiar: un hombre solo en una habitación desmonta con habilidad un arma. La aceita, la carga. Acomoda y reacomoda, juega sobre un mantel a cuadros rojos y blancos, limpio, con los cartuchos relucientes, como en una escena mil y cien veces vista en el cine, la representación de un juego de damas imaginario, no necesariamente mortal.

Regresa a la cocina. Saca el vodka del congelador, se sirve en un vaso bajo, de cristal, el líquido traslúcido.

¿Hay algo que explicar? Nada. Nuevamente se dirige hacia la mesa, donde bebe con lentitud. De la chamarra extrae los cigarrillos y el encendedor. Imposible calcular las veces que su cuerpo ha repetido esos gestos, sólo para que el humo sea la única imagen manifiesta de su ensimismamiento.

La mano izquierda sostiene el cigarrillo. La derecha, acaricia el arma.

*Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña,
como veía que resistía fue a invitar a otro elefante.
Dos elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña,
como veían que resistía fueron a llamar a otro elefante.
Tres elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña,
como veían que resistía fueron a llamar a otro elefante.
Cuatro...*

En la calle, el sonido intempestivo: una carrera, el golpe frenético, sucesivo de los pies de un cuerpo que huye por la calle. El silencio se quiebra en un grito incomprensible. La conciencia del hombre se alerta. Es el ruido de una huida, abajo, en la calle, tras el abismo de la ventana.

Escucha los ecos que se columpian entre la penumbra inferior y los muros. Entonces, nuevamente, el grito. Los acontecimientos producen vértigo.

El grito es de una mujer, nítido como un encuentro en la claridad del sueño. Absurdo como una pesadilla.

–¡Ayuda! ¡Ayu..!– el grito rápidamente sofocado.

Los ojos del hombre relucen, como de vuelta de una ensoñación. Apenas se distingue, breve relámpago, un gesto donde la curiosidad y una esbozada sonrisa de placer aparecen.

Toma el arma, por reflejo. De manera automática se ha colmado los bolsillos con los demás cartuchos. Ya observa desde la ventana: cuatro hombres jalonean a una mujer. Ella intenta defenderse.

Él, como un dios imprudente, se violenta. Va hasta la puerta, la abre, toma las llaves, sale del departamento. Es absurdo esperar el elevador. Oye la puerta de su casa cerrarse tras él empujada por el viento: un golpe como un disparo seco.

A grandes saltos, rápidos, más largos, desciende por la escalera. 84 escalones y seis descansos. 63 segundos. Los números son nada para una máquina, para un animal. Él es un animal. Un animal violento. *¿Cuántos elefantes caben en un volkswagen?*, se pregunta. Odia la metafísica.

El vestíbulo del edificio es una más intensa penumbra, la atraviesa, abre la puerta. Percibe en diagonal a la mujer vencida, suplicante, tendida sobre el cemento. Ella intenta inútilmente rechazar la agresión. Los brazos que la encadenan, la arrastran.

Distingue el cuerpo de uno de los atacantes. Apunta. Dispara. Blanco. Otro cuerpo; apunta, dispara. Yerra. Baja milímetros el arma. Apenas afirma la muñeca. Dispara. Un trastabilleo. Falla. Dispara. Diana. Cuatro balas. Dos blancos. La intervención del hombre duró nueve segundos.

Con el mismo rumbo, alejadas entre sí, dos sombras corren zigzagueantes, la última contraataca: intenta un disparo inútil, que pega metros a un lado del defensor. Hay tres cuerpos en tierra. Una mujer, dos hombres. Ellos son jóvenes. Están heridos, muy heridos, gimen. Sangran. La mujer está sollozante. *Cinco elefantes. Tres atrás; dos adelante.* Completa la adivinanza

Como si él fuera el destino, sin gesto alguno que externe sus emociones, arrastra del cabello y remata a los dos hombres. Tiro de gracia. Mira a su alrededor. Como si quisiera distinguir fosforescente el rastro de los restantes enemigos. Nadie. A lo lejos, se escucha el ulular de una sirena. El viento frío. Por mero reflejo o por costumbre recarga con habilidad el arma. Enero. Martes. Año último del siglo. Ni te cases ni te embarques.

Ahora ayuda a poner de pie a la mujer, recoge su bolso, le pide suavemente lo acompañe: «Pasó todo ya. Venga», dice su voz rasposa. Ella no se resiste. Se alejan hacia la avenida.